

Dios de quien dimana todo poder: él obra con todos los derechos que os hizo patentes en el preliminar: vuestros acusadores son todos vuestros públicos delitos, y los testigos toda la América setentrional, y vuestros mismos papeles, que han caído en sus manos, y manifiestan baxo de vuestras firmas, vuestras verdaderas intenciones. ¿Quien disputa, mas que vosotros, este desatino? ¿Quien mas que vosotros, ha querido poner en cuestion, si toca al Gobierno, ó á vosotros, el mandar en estos Dominios, á nombre del Rey? ¿No veis, que esta ni es, ni puede ser cuestion; sino una conclusion establecida solidísimamente hace doscientos noventa y un años? ¿Quien ha dudado, que la verdadera nacion Americana, no es tan despreciable, que consista en quatro eclesiásticos libertinos, en algunos licenciados rebelados, y cargados de deudas, y en una gavilla de facinerosos, que sacasteis de las cárceles, con algunos pocos indios á quienes habeis alucinado con la falsa promesa de darles las tierras, que ni son de ellos, ni vuestras?

NUMERO VIGESIMO.

¿Si soys unas autoridades legítimas, ausente el Soberano; ó intrusos, ó arbitrarios, qué quereis apropiaros, sobre nosotros, una jurisdiccion, que no teneis, ni nadie pudo daros?

La verdadera nacion Americana, mi doctor, es aquella masa ilustre de hombres honrados, que ha resistido, y resiste á vuestras maldades, con su excelentísimo señor Virrey al frente, con sus tribunales, cabildos eclesiásticos y seculares, universidades y demás cuerpos políticos y eclesiásticos, estado militar, y pueblo fiel. Estas son unas autoridades legítimas, como lo han sido siempre, ausente el Soberano: y en la América se hace ahora lo que siempre se ha hecho en esta materia, lo que en toda ella, y lo que todos los buenos han practicado, sin interrupcion:

quod semper; quod ab omnibus, quod ubique: y por consecuencia indefectible, los intrusos, los arbitrarios, que quereis apropiaros sobre ella una jurisdiccion, que ni habeis tenido, ni teneis, ni tendreis, ni podeis tener, ni nadie pudo daros, soys vosotros.

NUMERO VIGESIMO PRIMERO.

Esta espantosa lista de tamaños agravios impresa vivamente en nuestros corazones, seria un terrible incentivo á nuestro furor, que nos precipitaria á vengarlos, nada ménos, que con la efusion de la última gota de sangre europea existente en este suelo, si nuestra Religion mas acendrada en nuestros pechos, que en los vuestros, nuestra humanidad, y la natural suavidad de nuestra índole, no nos hiciesen propender á una reconciliacion, antes que á la continuacion de una guerra, cuyo éxito, qualquiera que sea, no puede prometernos mas felicidad, que la paz, atendida vuestra situacion, y circunstancias.

¡Sosegad un poco la cólera, mi doctor, que parece se os ha alterado demasiadamente y quereis acabar con todo el mundo! Y para serenar mas prontamente vuestro furor, escuchad este mal verso que acabo de hacer, acordándome de la fabulilla de la zorra, y la parra.

Sube la zorra, y no puede
Alcanzar ciertos racimos,
Baxa, se vá, y por consuelo,
Al cabo están verdes, dixo.
Al tocar en este haz de desatinos, que estampasteis en este número, me vino á la memoria la doctrina de Santiago, en su epístola canónica, donde enseñándonos, que no se justifican los que solo oyen la ley; sino los que la observan, dice, que los primeros se parecen á un hombre, que habiendo reflexado en un espejo el aspecto de su nacimiento, (ó digamos de su al-

urnia) se retiró, y al momento, se le olvidó quien era. (52)

Vos, mi doctor, y aquellos en cuyo nombre hablais, estais en este caso. Ya parece, que soys españoles, ya lo asegurais, porque seguramente, quando tomais el espejo, el color, y lineamentos de vuestro semblante, no os anuncian otra cosa; mas ya lo negais poco despues, olvidado de lo que visteis poco ántes, y aunque yo no dudo que lo soys, no sé como entienda vuestras palabras. Al concluir este número, como una consecuencia de todo lo que habeis delirado, se os exáltó tanto aquella birlis, que se os serena en los campos de batalla, que llegasteis, ó á negar que soys españoles, ó desesperados de serlo, quereis haceros suicidas, y no dexar en todo este suelo un español, ni aun siquiera un mulato, ó un mestizo: por que si quereis saciar vuestra venganza, con la efusion de la última gota de sangre europea existente en este suelo, y ella corre en vuestras venas, tomad la lanzeta, mi doctor, por que la espada no es para vuestras manos delicadas, entraos en el baño, y morireis dulcemente, segun me parece, murió el desgraciado Aristóbulo; mas no lo hagais, que yo ni de burlas, quiero daros semejante consejo; y si no corre en vuestras venas, acabadnos de desengañar si soys cosáco, tártaro, ú hontentote, por que de vuestras obras, y semejantes expresiones, se puede sospechar, supuesto que nadie gusta ser homicida de sí mismo: en tal caso teniais mucha sangre que derramar, por que desde que escribisteis esta brabata quixotesca hasta esta hora, se ha aumentado, y sigue aumentándose mucho el número de europeos existentes en este suelo; mas creo que no serán servidos de dexarse sangrar de la mano vacilante de un doctor, que suelen acertar en todo, y nada yerran mas que la cura, como siendo muchacho le oí cantar á un gracioso madrileño.

El doctor desherrada

Lleva la mula,

No yerran los doctores,

Si no la cura.

(52) Ep. D. Jac. 1. 23. 24.

Sea dicho en paz de los sábios profesores, que conocerán muy bien que yo no hablo ahora de doctores físicos sino de doctores políticos, que como vos, mi doctor, no aciertan con los parches que necesita la agonizante revolucion. Sosegaos, pues, un poco y vamos adelante, que aun nos falta mucho que andar.

Esta espantosa lista de tamaños agravios, que son puntualmente los que habeis pintado, y cometido, no nos precipitan á vengarlos con esa rabia; sino á llorarlos, y procuraros el remedio. Mas creer, que la santa Religion está mas acendrada en vuestros pechos, y que vuestra humanidad, y suavidad natural está en ellos en mas alto grado, que en los nuestros, es cosa que solo creerán, los que no hayan sido, como yo, testigos de vuestras obras.

No es, pues, esto, mi doctor, lo que os hace propender á una reconciliacion, sino el justísimo miedo que teneis de acabar tan desgraciadamente como vuestros cohermanos en la Insurreccion; pero la compasion es, que no procurais esa reconciliacion, sino con unas propuestas insultantes, quando no sean necias, y desatinadas, por cuya causa me temo mucho, que al cabo, al cabo tendreis la negra satisfacion de ver derramar la última gota de sangre europea existente en este suelo, en las venas de los traydores, por que el negocio no lleva visos de otra cosa; y ántes (os lo aseguro con toda sinceridad, y estoy pronto á daros pruebas de ello) gustaria yo mucho, que os pusieseis en salvo, por los medios regulares. Por lo demas, decis muy bien, que atendida nuestra situacion, y circunstancias, no podemos dexar de prometernos, por éxito, la paz, felicidad que os parece de poca monta, siendo lo que hay que desear entre los bienes naturales, aunque vos manifestais no entenderlo así.

NUMERO VIGESIMO SEGUNDO.

Por que si entráis imparcialmente en cuenta con vosotros mismos, hallareis que soys mas americanos, que europeos: ó penas nacidos en la Península, os habeis trasportado á

este suelo desde vuestros tiernos años, habeis pasado en él la mayor parte de vuestra vida: os habeis imbuido en nuestros usos y costumbres, conaturalizado con la benigna temperie de estos climas, contrahido conexiones precisas, heredado gruesos caudales de vuestras mugeres, ó adquiridos por vuestro trabajo é industria, obtenido sucesion, y criado raíces profundas: muy raro de vosotros tiene correspondencias con los ultramarinos sus parientes, ó sabe del paradero de sus padres y desde que salisteis de la madre Patria, formasteis la resolucion de no volver á ella.

Gracias sean dadas á Dios, mi doctor, que al cabo he hallado en vuestro Manifiesto, un número donde se ven muchas verdades, más avergonzadas, y llenas de susto, por la mala vecindad de unas enormísimas mentiras, y calumnias, que al principio del siguiente, estan dándoles puntillazos. Todo quanto decis en él, á los europeos, singularmente acordandoos, como yo no ignoro, que hicisteis vuestra carrera sostenido por sus benéficas manos, y que no hay cosa mas odiosa á Dios, que la ingratitud, como tambien lo es á los hombres, debía haberos contenido, para no levantarles tantos testimonios, y haber obrado contra ellos tan injustamenté, porque vengamos á cuentas. Si ellos han heredado gruesos caudales de sus mugeres, que por lo regular tambien los habian heredado de otros europeos: si como decis muy bien, tambien los han adquirido, con su industria, y trabajo, aunque os faltó añadir, que sin retraberles de esta honesta tarea, el ver la marcialidad con que los desperdician despues, muchos españolitos americanos: luego vosotros soys unos ladrones públicos, que habeis robado, y pillado á los verdaderos, y legítimos propietarios. Luego no estuvo bien hecho lo que vuestro mandarin *Hidalgo* hizo en la casa del buen Landeta en San Miguel el Grande, quando arrojaba las talegas á la plebe diciendo: tomad, hijos, que todo esto es vuestro. Luego..... pero dexemos estos luegos, porque no hay bastante papel, para sacar tantas jus-

tas ilaciones, que yo no he podido excusar, estrechado de aquella conclusion de los lógicos el asenso de las premisas, necesita al entendimiento, al asento de la conclusion. Y como componeis, mi doctor, aquella resolucion (que no puedo ménos que confesaros es verdad, en la mayor parte de nuestros hermanos europeos) de no volver á su Patria, con la de entregar la América á los franceses, como vosotros decis? Esa compostura, queda encomendada á vuestro delicado arte de componer; por que si yo la tomo en las manos, le daré tantas vueltas, que vendrá á quedar la obra hecha pedazos, por que de la cirugia, no sé mas que el corte, sin piedad, quando todo es corrupcion.

NUMERO VIGESIMO TERCIO.

¿Qué es, pues, lo que os retrahe de interesaros en la felicidad de este Reyno, de donde os debeis reputar naturales? ¿Es acaso el temor de ser perjudicados? ¿Si hemos hecho hostilidades á los europeos, ha sido por via de respresalia, habiéndolas comenzado ellos.

Si como publicais vuestro Manifiesto en el centro de la nueva España, le hubieseis dirigido á los rusos, ó á los mahometanos, que no han sido espectadores de la tragedia, que por agradable, habeis repetido tantas veces en ella, no serian tan desvergonzadas vuestras preguntas; mas que las hagais á los europeos, delante de vuestros compañeros en los deguellos, es la impudencia mas descarada, que ha podido cometer hombre. Nada retrahe á los europeos de interesarse en la felicidad de este Reyno, ni aun vuestra ingratitud, y maldades, y si á alguno le oís una expresion en contra es del número de los necios, que hay en las quatro partes del mundo; mas los hombres de seso y probidad, abominan esas producciones, ¿y por qué el pecado de un europeo ha de ser original, que contagie á los demas? ¿O pecado de ratones, que uno come el queso, y para todos se arma la trampa?

Nada, pues, les retrahe de interesarse en la felicidad de este Reyno, y antes en esto han puesto un grande empeño, comenzando desde el Gobierno hasta los particulares, y una de las pruebas de esta verdad, es la borla que algunas veces habrá adornado vuestra cabeza. Abrid los ojos, mi doctor, y registrad toda la América setentrional, desde Veracruz hasta la remota provincia de Sonora, y la de la nueva California, y ella misma os responderá, quan exótica, y ridícula es vuestra pregunta. ¡Esos arzobispados, y obispados, esas universidades, esos colegios, esas academias, esas audiencias, esos consulados, esas casas y hospicios de pobres, esos montes pios, esos hospitales y cunas, esas provincias y colegios de religiosos de diversos órdenes, esos pósitos de granos, ese tribunal de minería, esas fabricas, ese fomento de agricultura!..... ¡mas adonde me dirijo! Si todo esto tiene tan poco bulto, que no ha herido vuestros ojos, soys demasiado ciego, mi doctor: ¿y á quien se le debe todo, sino á los benéficos europeos, y al Gobierno, sino á los honrrados, nobles, y católicos españoles de europa, que han obrado en esta América, no como advenedizos, y desconocidos, segun les llamais unas veces; sino como naturales de ella, segun les llamais otras, sino como penetrados, y mas que vos, del dulce amor de la Pátria, cuyo significado entienden mejor que vos?

Si reflexaseis imparcialmente en la conducta general de los europeos, os avergonzariais de vuestras producciones; en lo demas, es una grandísima ignorancia, necedad, y malicia, tomar la conducta desreglada de uno, ú otro, por motivo para aborrecer á los buenos, y cerrar los ojos para no ver cuánto mas es esto, que aquello. Todos somos hombres, y entre los hombres estan, y estarán en continuo pleyto los vicios, y las virtudes; lo contrario es pretender neciamente, que nuestro pais sea mejor que el Cielo, el apostolado, la casa de David, la arca de Noé, y con todo en ellas hubo un Satanás, un Judas, un Absalón, y un Cham. No quiero pasar, como debia un buen retórico, al otro extremo, y preguntaros,

si son menos reprehensibles los españoles americanos, por no avergonzaros mas, aunque las virtudes, y brillantes qualidades de los mas, cubren los negros borrones de los menos: hacedlo vos, comenzando por vos mismo, y os confundireis saludablemente. Lo que les retrahe, pues, de convenir con vuestras extravagantes pretensiones, es la justicia, y la felicidad de la América de quien se reputan naturales.

¿Es acaso (les preguntais) el temor de ser perjudicados? Ni más, ni ménos, mi doctor: *tu dixisti*, y yo os aseguro, que si no tuviese la firme esperanza de ver completísimo el triunfo de la justicia en la América, á pesar de vuestras palabras y promesas, aunque fuesen juradas con la mayor solemnidad, yo diria á cada uno de ellos, como al piadoso Eneas, pero con la mayor eficacia: ¡*Heu! fuge nate Dea, teque his, ait eripe flammis!*

Hasta aquí llegaba yo, con el pulso demasadamente alterado, por los delirios con que tropieza mi mano en vuestro papel; mas al tocar en el extremo de este número, se exáltó tanto mi justa indignacion, que estuve por arrojar vuestro Manifiesto á las llamas, imitando al sabio Gobierno, que le dió este destino, por mano de un verdugo, en la capital de México; mas se interpuso la consideracion, de que esto no ha bastado para sanar los males, que habeis causado con él, entre los necios, que son el objeto de mi compasion, y cuyo desengaño, es el fin de mi trabajo, en combatir desatinos.

¡Que paciencia bastará, mi doctor, para leer la desvergüenza, el descaró, la mentira, la hipocresía, y maldad con que os atrevisteis á estampar esta proposicion! ¡Si hemos hecho hostilidades á los europeos, ha sido por via de represalia, habiendolas comenzado ellos! ¿Sabeis lo que hablais? ¿Entendeis, siquiera qué quiere decir *represalias*, y quando son lícitas? ¡Y teneis valor para decir, delante de vuestros mismos asesinos, que os desmentiran mil veces, que los europeos comenzaron las hostilidades! ¡Hasta aquí pudo llegar la desvergüenza, y el fluxo de vuestras mentiras! ¡Americanos! Escuchad y sa-

bed, que la misma verdad, que resalta en esta proposición, es el alma, y substancia de todo el *Manifiesto de la Nación Americana*. Borrada, mi doctor, si podeis, de la memoria de todos los americanos, las hazañas que hicisteis el aciago día diez y seis de setiembre de mil ochocientos diez, y entonces podreis entrar en el empeño de sostener esta mentira, que yo dexo de combatir, porque basta expresarla, y por no fixar mis ojos en un objeto tan abominable.

NUMERO VIGESIMO QUARTO.

El sistema de la Insurrección jamás fué sanguinario. Los prisioneros se trataron al principio con comodidad, decencia, y decoro: innumerables quedaron indultados, no obstante que perjuros, é infieles á su palabra de honor, se valian de esta benignidad, para procurarnos todos los males posibles, y despues han sido nuestros mas atroces enemigos.

Incidit in Scyllam, cupiens vitare Carybdim!

Entre escollos, y syrtes,
Sulca mi navecilla,
Y huyendo de Carybdis,
Se estrella contra Scyla!

Huyendo de las llamas, he venido á caer en las brasas! Mas que hemos de hacer, mi doctor, si es imposible hallar una cosa limpia en todo vuestro Escrito. *El sistema de la Insurrección, decís, jamás fué sanguinario!* Desde el principio, en el medio, en todos sus progresos, y hasta hoy, todo el ha sido sanguinario, bárbaro, y cruel. ¿Me excedo? Yo probaré, que no. El mismísimo día, que comenzó este maldito sistema, el diez y seis de setiembre de mil ochocientos diez, empezó derramando sangre europea, pero injustamente: no atestiguo

con muertos. ¿Que hicisteis en la mañana de ese día en Dolores con el capitán del regimiento de la Reyna, don José Antonio de Larrinúa, vecino honrado de conocida probidad, y comerciante de aquel pueblo? ¿Dexarle medio muerto á puñaladas de que aun no acaba de curar perfectamente; pero sorprendiéndole en su cama! Mas esta no es sangre; por que vosotros queriais un río, ó una balsa para nadar en ella, como venenosas sanguijuelas! ¿Que practicasteis muy luego, en Guanaxuato?

Obstupui, steteruntque comae, et vox faucibus haesit!

¡Se erizan mis cabellos,
Y en las fauces se apéga
Mi voz, quando descubro
Tan bárbara fiereza!

Con razon, por que la primera vez, del mismo modo que la segunda, dexasteis á Guanaxuato nadando en sangre humana! Pero con circunstancias que os caracterizan de bárbaros, inhumanos, cobardes é impios: mis ojos vieron los vestigios horribles de vuestra crueldad, cebada hasta en la sangre de las señoras delicadas, solo por ser europeas! Si yo pintara la historia de vuestra barbárie en Guanaxuato, se avergonzarian aun aquellos pueblos de la Asia, de quienes tomaron su nombre los asesinos! Ella me estrechó á formar púlpito del mismo caballo que me conducía, para reprender tan horrible conducta! Que hicisteis en Valladolid, Guadalajara, Esmiquilpam, Tequisquiapam, Sultepec, y Tehuacan de las Granadas, y hasta ayer, en el mes de agosto, en Talpujahuá, con tres desgraçados correos? Deguellos, y mas deguellos. Y teneis cara para decir, que el sistema de la Insurrección jamás fué sanguinario!

Del mismo calibre es la otra mentira: los prisioneros se trataron desde el principio, no como decís; sino como todos sabemos, con tropelías, con indecencias,

R

con hambre, con crueldad, y con ignominia. Yo lo ví, en parte, mi doctor, soy testigo, y nombraré los sujetos. Yo estaba en los últimos días del dicho setiembre en mi mision, quando ví en uno de ellos pasar la primera vez, cien bárbaros á pie, y ochenta tártaros á caballo, que tales me parecieron vuestras tropas: y al día siguiente les veo regresar con la presa, que era un caballero honrado, uno de los vecinos mas útiles y necesario, del pueblo de Sichú de Indios, su actual teniente, don Bernardo Ortiz, montañés de mas de sesenta años, á quien atropellándole en su casa, á presencia de su esposa, sin que les contuviesen las lágrimas de sus tiernos hijos, le conduxeron en un macho, con un despreciable arnés, montando en su caballo uno de los verdugos, y así le conduxeron á la prision de san Miguel. Dos leguas mas adelante, hicisteis lo mismo con don Antonio Carrillo, otro europeo honrado natural del reyno de Galicia, y pocos dias despues, vi otras procesiones semejantes: esto ví yo en un rincón, ¿qué verian otros en lugares mayores? No se puede pintar, por que lo rehusa la pluma.

En la misma mision, casi una legua antes de llegar á ella, sorprendieron vuestros asesinos, á mi compañero en el ministerio, el padre prior, fray Vicente Moya, y á pesar de ser sacerdote y misionero, estando lloviendo, le hicieron desmontar, marchar á pie hasta la mision donde le decian, iban á pasarle por las armas, llenándole de oprobios, palabradas, obscenidades, y si los indios no se hubiesen negado á dar la llave de la cárcel, le hubieran encerrado en ella; mas no dexaron de ponerle la caravina al pecho, insultarle, y mortificarle largo rato. Referir el modo indecente con que por todas partes se conducian desde entonces los prisioneros, haciéndoles montar desnudos, amenazándoles á cada paso con las lanzas, zahiriéndoles con mofas, y dieterios, y al entrar en los lugares, paseándoles en triunfo por los quatro lados de la plaza, seria nunca acabar. Este es, mi doctor, el decoro, decencia, y comodidad, con que tratasteis los prisioneros, al principio, peor al medio, y pésimamente al fin.

Del mismo modo mentís descaradamente, diciendo que innumerables quedaron indultados; muy raro fue el que escapó redimiendo su vida, y libertad con sumas crecidas, y casi ninguno despues que vuestro *Hidalgo* les indultaba de día, y les sentenciaba de noche. Si algunos juraron, como decís, por miedo, ó ignorancia, juraron mal, por que el juramento, como dice el derecho, contra las buenas costumbres, no vale: *non valet, contra bonos mores, praestitum, juramentum*: pues es una cosa justísima, santa y laudable, combatiros, y defender todo lo mas sagrado, contra quien peleais: y en caso de duda, se les debía relaxar tal juramento. A estos mismos, y á otros muchos gravísimamente ofendidos por vosotros, les he visto con mucha edificacion mia, abogar por los reos, interesarme, y aun cansarme, para que yo hiciese lo mismo, y nada ménos que en favor de Allende, á fin de que se le mandase indulto, quando, ni él lo pedia, ni imaginaba recibirlo.

NUMERO VIGESIMO QUINTO.

Hasta que vosotros abristeis la puerta á la crueldad, comenzó á hostilizaros el pueblo, de un modo muy inferior al con que vosotros os habeis portado.

De la breve exposicion que acabo de hacer, de vuestro porte, y el de los europeos, resulta la enormísima mentira de todo el número veinte y cinco. La gracia es, que como la mona, sacais las brasas con la mano del gato, diciendo, que el pueblo comenzó las hostilidades: ¡pobre pueblo engañado, y al mismo tiempo acriminado por vosotros! ¡Pero pueblo insensato, que aun no acaba de conoceros!

NUMERO VIGESIMO SEXTO.

Por vuestra felicidad, pues, mas bien que por la nues-